



Educere  
Universidad de los Andes  
educere@ula.ve  
ISSN (Versión impresa): 1316-4910  
VENEZUELA

2001  
Fernando Savater  
EL VALOR DE EDUCAR  
*Educere*, abril-junio, año/vol. 5, número 013  
Universidad de los Andes  
Mérida, Venezuela  
pp. 93-102

---

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México



# La Conferencia



## EL VALOR DE EDUCAR

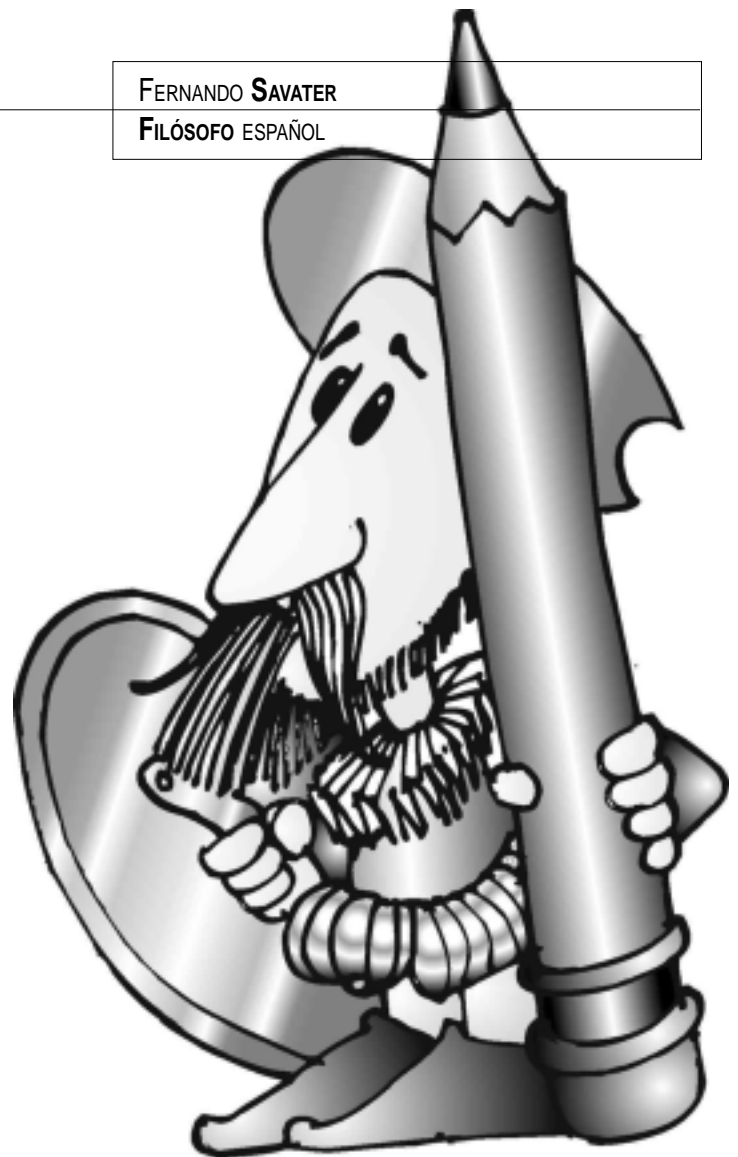
FERNANDO SAVATER

FILÓSOFO ESPAÑOL

•Del mismo modo como se habla de alimentación basura, también puede hablarse de una especie de educación basura, en la que alguien es educado exclusivamente para ser siervo, para reproducir simplemente la servidumbre a la que ya de antemano se le destina.

•Las estadísticas médicas, no solamente en España sino en otros países europeos, indican que la profesión que ocasiona el más alto índice de depresiones psíquicas, así como de otros trastornos psicológicos y nerviosos, es precisamente la profesión de maestro. Es decir, revela que hay una situación de estrés, de tensión, de una exigencia no recompensada, no comprendida, no aceptada, muy fuerte.

•Yo creo que una sociedad se valora en gran medida por la calidad de su educación, por la importancia que sus ciudadanos le conceden a la educación y por los sacrificios, presupuestales y de concreción para con los gobernantes, que están dispuestos a hacer para que la educación alcance a todos.



FERNANDO SAVATER

93



n esta charla, pretendo referirme a un tema al cual he dedicado la reflexión de mi último libro titulado, al igual que esta charla, El Valor de Educar.

Durante la charla les voy a exponer algunas de las inquietudes y perplejidades que me llevaron a escribir ese libro, y que también me han acompañado mientras lo he preparado. Posteriormente, cuando tengan la oportunidad de conseguir y leer el libro, podrán prolongar las reflexiones que hagamos aquí.

Empiezo por decir que, sobre el tema de la educación, no tengo ninguna preparación ni autoridad especial. Me he dedicado durante más de 30 años a la enseñanza universitaria; he tenido un hijo, lo cual algo le enseña a uno en el terreno de la educación; pero fuera de eso, no he estudiado pedagogía y no he frecuentado a los clásicos de la técnica educativa.

Me interné en ese campo de autores relacionados con el tema de la educación, porque había una serie de cosas que me parecían sorprendentes en mi país, y porque, por lo que he podido cotejar, son bastante semejantes a las que ocurren en otros países.

En general, cuando en debates y discusiones se abordan los problemas de la juventud; cuando se habla sobre los problemas del mundo actual, sobre la violencia, el racismo y la drogadicción, es decir, sobre esos temas que normalmente se consideran como “problemas de actualidad”, se suele finalizar diciendo: “Eso hay que atajarlo en la escuela”, “Debería ser la escuela la que resuelva eso”, “Se trata de una cuestión que hay que enseñar desde pequeño”.

Dicho esto, parece que habría que suponer que los maestros, los encargados de llevar a cabo esa

labor sobre la que todos parecemos coincidir en que es imprescindible, deberían ser las personas más valoradas, estimadas y prestigiosas de nuestra sociedad.

Lamentablemente, ello está lejos de suceder.

El maestro es una figura postergada profesionalmente, postergada en cuanto a su relevancia y a su reconocimiento social.

En España, mi tierra, hay un cruel refrán que dice: “Pasar más hambre que maestro de escuela”, lo cual ya es una ominosa señal respecto al trato que reciben los maestros desde hace mucho tiempo.

Quizá aunque en la actualidad su función laboral está un poquito más protegida, de todas formas siguen siendo el estrato más apartado y menos valorado de la educación. Se les sigue considerando como gente que se ha dedicado a enseñar simplemente porque no tenían capacidad para más altos designios. En los foros públicos, en los radiofónicos, en los televisivos, entre otros, donde se reúnen personalidades de diversas órdenes, rara vez se invita a un maestro para que dé su opinión, para que exprese sus problemas, para que transmita sus inquietudes.

Por una parte existe un reconocimiento formal y retórico sobre la importancia del maestro y de la escuela; y por la otra parte, el maestro real y efectivo es un personaje subvalorado, postergado y solitario que tiene que afrontar una gran cantidad de problemas solo y al cual la sociedad le presta muy poca atención.

Las estadísticas médicas, no solamente en España sino en otros países europeos, indican que la profesión que ocasiona el más alto

índice de depresiones psíquicas, así como de otros trastornos psicológicos y nerviosos, es precisamente la profesión de maestro. Es decir, revela que hay una situación de estrés, de tensión, de una exigencia no recompensada, no comprendida, no aceptada, muy fuerte.

El maestro, entendido como la persona que se encarga de la primera educación de los niños, es en mi opinión, el elemento más importante de la educación. Todos los demás, me refiero a los catedráticos de universidad, los artistas, los literatos y los propios políticos, no somos más que maestros de segunda; es decir, maestros que venimos después de que los maestros de primera han cumplido su función.

Por ello, si esos maestros de primera no han cumplido bien su función, es muy difícil que nosotros tengamos ocasión de llevar a cabo alguna labor especialmente relevante.

Quienes recibimos jóvenes con 18, 19 ó 20 años, evidentemente podemos prestarles ayuda. No obstante, lo que resulta muy difícil es que podamos hacer una renovación absoluta de esas personas. Los hábitos de estudio, de curiosidad y de conocimiento que no hayan adquirido en su primer momento, es muy difícil que podamos dárselos después.

La aceptación retórica de la educación y, sin embargo, su desinterés efectivo es algo que sorprende. He asistido, desde dentro de un medio de comunicación, desde un importante periódico, a diversos cambios ministeriales en mi país. Por ello, cada vez que hay un cambio ministerial se hacen las acostumbradas cábalas sobre quién será el ministro de Asuntos

Exteriores, quién el del Interior o quien se encargará del ministerio de Economía; atreviéndome tíbidamente a preguntar: “¿Y de Educación?”

Claro, siempre habrá alguien que se dedique a eso, pero nunca es prioritario. Se trata de un asunto que, en el fondo, no preocupa.

Los políticos hablan y proponen planes más o menos fenomenales, pero rara vez contemplan el tema de la educación en ellos, salvo a través de alguna declaración como “Procuraremos mejorar la educación”. Naturalmente no van a decir que la van a empeorar. En todo caso, ni el público ni la clientela política les exige más concreción.

Hoy, a diferencia que en el pasado, el tema de la educación empieza a ganar importancia en los planteamientos políticos.

Empezando por la propia campaña electoral del presidente Clinton en los Estados Unidos, que le otorgó inusual espacio al tema educativo; seguida de la campaña de Tony Blair en Inglaterra: de Jospin en Francia y del replanteamiento a fondo de la educación en el caso italiano, el tema de la educación se viene actualizando cada vez más.

Finalmente, aparte de esas declaraciones retóricas, de ese planteamiento genérico sobre el tema de la educación, parece que se está convirtiendo, cada vez más, en un problema a nivel efectivo, a nivel real.

Se trata de un problema a nivel efectivo porque la educación en ningún caso es un asunto particular o un asunto privado. Cierta visión, más o menos reduccionista, sea por justificantes liberales o neoliberales, ha dejado

“ El maestro, entendido como la persona que se encarga de la primera educación de los niños, es en mi opinión, el elemento más importante de la educación. Todos los demás, me refiero a los catedráticos de universidad, los artistas, los literatos y los propios políticos, no somos más que maestros de segunda; es decir, maestros que venimos después de que los maestros de primera han cumplido su función.

”

entender que la educación es un asunto privado de los padres con sus hijos. Es decir, que los padres y los hijos tienen su problema y que lo resuelven a su modo, y que en cuestiones educativas nadie más tiene que meterse en el asunto.

Considero que se trata de algo profundamente erróneo e incompatible con una visión moderna de la democracia.

La democracia desde sus orígenes, en Grecia, nace ligada a la paideia, a la educación. No se trata, entonces, de dos cosas diferentes.

Las democracias comportan preocupación pública por la educación, porque comportan fabricación de ciudadanos capaces de participar, de criticar y de formar cuerpo, en las decisiones, con el resto de la ciudadanía.

No se trata pues de algo accesorio; no se trata de un lujo voluntario del que se puede prescindir. El hecho de que en las democracias los ciudadanos reciban una educación completa es una exigencia democrática imprescriptible porque el ciudadano democrático no es un producto natural, que brota como

“ Cuando se hace referencia a la educación pública o a la educación privada, lo primero que hay que señalar es que, al menos como problema, la educación es siempre un problema público. No se trata de una cuestión privada de padres e hijos; es un problema público que tiene que ser afrontado por la colectividad. ”

brotan las acacias o como brotan los cardos de la tierra, sino que es un producto artificial, un producto socialmente creado.

Todos los seres humanos, como ustedes saben, todos los seres simbólicos y racionales, tenemos, por así decirlo, dos niveles de nacimiento: el nacimiento biológico del útero materno y el nacimiento, como seres humanos, como seres humanizados por nosotros, de un útero social que nos forma.

Somos potencialmente humanos, pero la realidad humana nos la dan los otros.

Un melocotón está programado para ser melocotón y una pantera para ser pantera sin necesidad de recibir colaboración externa que los confirme en su identidad. No obstante, los seres humanos no llegamos a ser humanos si no nos humanizan los demás. No debemos olvidar que una de nuestras dimensiones fundamentales es la dimensión simbólica y la dimensión simbólica no es natural, sino artificial puesto que la recibimos de los otros.

El símbolo es aquello que nos dan los demás. El sentido lo aprendemos en los otros, en los demás.

De alguna forma podemos decir, entonces, que nos hacemos humanos unos a otros.

En algunos doctrinas cognitivas actuales existe, en mi opinión, una profunda equivocación cuando plantean la educación como un problema

semejante a la programación de un ordenador. Se dice que educar, o instruir al menos, es introducir noticias, conocimientos, datos, bits de información, dentro de alguien; y que esto, que en cierta medida es el mismo trabajo que se hace programando un ordenador, se logra programando educativamente a una persona.

Se trata de algo profundamente erróneo porque no es lo mismo aprender a calcular o a almacenar información que aprender a compartir significados. Compartir significados es algo distinto a simplemente acumular datos; es algo que sólo nos puede venir de nuestros semejantes.

Creo que el hecho de que aprendamos de los semejantes, de que aprendamos de un semejante que nos enseña el módulo de la humanidad que vamos a adoptar, es más relevante que ninguno de los contenidos concretos.

El hecho de que aprendamos a través de un semejante, por medio de un semejante, por mimesis con un semejante, me parece que es más significativo que ninguno de los contenidos concretos que se nos pueden ofrecer.

En todas las culturas ha hecho falta la transmisión de valores, la transmisión de conocimiento y el sentido del tiempo.

Los seres humanos somos seres temporales y aprendemos la temporalidad de los otros. De los otros aprendemos la memoria del

grupo, la memoria técnica, la memoria de las tradiciones y la memoria de las leyendas que dan significado al grupo.

La memoria del grupo, el paso del tiempo, la idea de que la humanidad no se inicia con nosotros, sino que somos herederos de una humanidad ya establecida y cuyos designios, en cierta forma, tenemos que prolongar; esa entrada en el mundo del tiempo, en el mundo de la relación y del significado, no se puede entablar más que por medio de semejantes.

Todas las culturas lo han hecho así.

Lo que pasa es que, en el caso de la democracia, la democracia exige un tipo de ciudadano autónomo, capaz de juicio crítico, capaz de decisión propia, capaz de valorar lo que se le dice y de contraponerlo con otras opiniones diferentes, capaz de protagonizar una acción pública porque, en el fondo, en la democracia todos somos políticos. De vez en cuando delegamos nuestras decisiones políticas en unos representantes transitorios, pero la función política descansa sobre cada uno de nosotros.

No se puede depender de personas que no saben, que no conocen, que no tienen el uso de los símbolos o de la información debida; no podemos depender de ellas dentro de un juego democrático.

Si al interior de una democracia dependemos de tales personas, cualquier cosa puede ocurrir.

Me permito leerles una frase del último libro de John Kenneth Galbraith, frase que desdichadamente leí demasiado tarde para poder utilizarla en mi libro sobre El Valor de Educar, pero que me parece que resume

bien cosas que yo intentaba decir ahí. Dice Galbraith: “Todas las democracias viven bajo el temor de la influencia de los ignorantes”.

El problema de las democracias es el temor a la influencia de los ignorantes, porque los ignorantes, es decir, las personas mal educadas, constituyen, por descuido, desidia y/o incompetencia, la mayoría de la población.

Y no me refiero –y creo que Galbraith tampoco- a los ignorantes en el sentido meramente de datos técnicos. No estamos refiriéndonos a un ignorante en el sentido de una persona que desconoce datos, que no conoce la fórmula del oxígeno, datos de este tipo que todos ignoramos y que no impiden nuestro uso normal de la realidad, sino de una ignorancia más profunda.

La ignorancia de la relación racional con los otros, de la capacidad de aprender, del valor de la costura; de la capacidad de explicar las propias demandas y de escuchar la explicitación de las demandas ajenas; de la capacidad de argumentar; de la capacidad de buscar información y de ser capaz de rentabilizarla; de la importancia de aceptar la presencia de los otros, nos impone también el captar y tolerar, formas y planes de vida diferentes.

De allí que el tipo de decisiones públicas que surgen de las personas que desconocen lo anteriormente señalado es preocupante porque ese tipo de ignorantes es presa fácil de la demagogia, de la violencia, de los integrismos y de las actitudes extremas.

De modo que la democracia educa en defensa propia. No es una cuestión privada, no es una cuestión individual de los padres

con sus hijos; es un problema social, un problema público, porque si la democracia no educa, no funciona.

Cuando se hace referencia a la educación pública o a la educación privada, lo primero que hay que señalar es que, al menos como problema, la educación es siempre un problema público.

No se trata de una cuestión privada de padres e hijos; es un problema público que tiene que ser afrontado por la colectividad.

Que posteriormente las demandas de la educación se implementen utilizando recursos estatales o se haga utilizando recursos privados o con instituciones privadas concertadas con lo público, eso, en cada ocasión, y según lo que parezca deseable, práctico, etcétera, se puede resolver.

Lo que no deja de tener primacía es que la educación tiene que ser un problema a resolver socialmente; que el Estado y la autoridad social no pueden desentenderse de la educación. No puede simplemente entregarse al mercado; no puede dejarse a la oferta y demanda para que cada cual se las arregle como pueda.

El problema del que va a ser educado es que, quizá, aquellas

personas, responsables de su educación, por razones históricas, sociales o económicas, no valoran las posibilidades que la educación le brinda a cada persona.

Tiene que ser la sociedad la que se preocupe de que, quieran o no los padres, los valoren o no, cada persona obtenga la mejor educación posible.

No se trata de una cuestión de puro altruismo, sino de un acto de defensa propia del funcionamiento de la democracia.

La educación no puede ser dejada al albur, al azar o a la casualidad.

Tampoco se puede entregar a cada persona al destino de su familia, de su estrato social, entre otros, porque precisamente la educación es la antifatalidad.

La educación es lo que sirve para combatir la fatalidad. La educación es lo que rompe la necesidad de que los hijos de los ignorantes sean siempre pobres.

Gracias a la educación es que precisamente se rompe este tipo de fatalidad y esta continuidad en la reproducción de lo establecido.

Por lo tanto, y aunque la educación no puede resolver todos los problemas, no se pueden resolver los problemas sociales sin otorgarle la debida importancia a la

“ El primer secreto que tienen que aceptar todos los pueblos que tratan de afrontar la educación de forma radical es que la buena educación es muy cara. Se trata de un secreto muy ingenuo, si ustedes quieren, pero básico. La educación de calidad es algo muy caro: y el hecho de garantizarla para toda la población, es algo que exige de un gran esfuerzo social. Por eso es importante que no solamente los políticos se comprometan a ella, sino que nosotros como políticos exijamos a nuestros representantes políticos que se le dé primacía a los gastos destinados a la educación. En todo caso, si se nos dice “Bueno, es que eso cuesta mucho dinero”, habría que preguntarse: ¿Para qué otra cosa mejor se va a guardar?; ¿qué otra cosa mejor se puede hacer con el dinero que crear ciudadanos capaces de valerse por sí mismos? ”

educación.

Allí donde la educación está reservada a unos pocos pudientes, a un grupo de personas que puede utilizar los mejores recursos y los más sofisticados medios de información y donde, en cambio, el resto de la población queda confinada en una especie de educación basura, no puede uno quejarse de las situaciones de violencia y de enfrentamiento.

Del mismo modo como se habla de alimentación basura, también puede hablarse de una especie de educación basura, en la que alguien es educado exclusivamente para ser siervo, para reproducir simplemente la servidumbre a la que ya de antemano se le destina.

Thomas Jefferson decía que hay algunos que creen que ciertas personas nacen con una silla de montar en la espalda para que otros se suban encima; y es importante demostrar que nadie nace con una silla de montar para que los demás se suban encima.

La educación es la que lucha contra esa silla de montar que la necesidad, el designio social, la limitación de la familia, etcétera imponen sobre las personas. Si se deja la educación simplemente como un producto del mercado; como un producto sometido a la oferta y a la demanda y no como educación pública, vamos a condenar a muchas personas a llevar sillas de montar para que otros se suban encima.

Estoy convencido de que, efectivamente, en el siglo entrante también existirán diferencias de clases, diferencias radicales entre poseedores y desposeídos, pero también que no se van a

parecer tanto a las tradicionales.

La separación entre los que poseen información y los que no la poseen, entre los que son capaces de investigar, de obtener información de primera mano y de rentabilizarla, entre los que dependerán o no de otros para obtener información, no va a resultar tanto del enfrentamiento



tradicional de clases.

La forma de luchar contra esa fatalidad es, evidentemente, a través del proceso educativo. De ahí la importancia social de la educación. Posteriormente podremos discutir si vamos a implementarla de una forma u otra; si vamos a satisfacer las demandas educativas de una forma u otra.

El primer secreto que tienen que aceptar todos los pueblos que tratan de afrontar la educación de forma radical es que la buena educación es muy cara. Se trata de un secreto muy ingenuo, si ustedes quieren, pero básico.

La educación de calidad es algo muy caro: y el hecho de garantizarla para toda la población, es algo que exige de un gran esfuerzo social.

Por eso es importante que no solamente los políticos se comprometan a ella, sino que nosotros como políticos exijamos a nuestros representantes políticos que se le dé primacía a los gastos destinados a la educación.

En todo caso, si se nos dice "Bueno, es que eso cuesta mucho dinero", habría que preguntarse: ¿Para qué otra cosa mejor se va a guardar?; ¿qué otra cosa mejor se puede hacer con el dinero que crear ciudadanos capaces de valerse por sí mismos?

Es decir, ciudadanos que aprendan a aprender, no que aprendan tal o cual cosa, porque los conocimientos van moviéndose de una manera cada vez más vertiginosa.

Lo que hay que crear son personas capaces de aprender, capaces de reciclar sus conocimientos, capaces de seguir educándose a sí mismos, de seguir investigando e informándose permanentemente.

Evidentemente, crear este

tipo e persona es algo caro; es algo que no se consigue simplemente con buena voluntad; y que si no se logra extender de manera suficiente, si no llega a la población, evidentemente va a constituir un gravísimo problema para cualquier verdadera concepción de una democracia no retórica.

Es retórica una democracia en la cual si bien todo el mundo puede participar, la capacidad intelectual, la capacidad de información, la capacidad de decisión, de juicio y de maduración personal, sólo la tienen unos pocos.

Se trata de un problema central que empieza a verse cada vez más. Cada vez es más frecuente ver que se ha dejado la educación a las pantallas de televisión, a programas frente a los cuales los niños se pasan horas y días, sustituyéndose el contacto de persona a persona y el compromiso de educar; es decir, el compromiso de que alguien se responsabilice del mundo ante los niños, de que alguien transmita el aprecio por lo humano.

El amor intelectual por lo humano debe ser transmitido a los niños no solamente como teoría, sino también como práctica.

Hay que transmitir el fervor intelectual por lo humano, por el conocimiento, por los valores compartidos y por los valores humanistas. No se puede simplemente esperar que por impregnación llegue a los niños. Uno tampoco puede quejarse señalando simplemente que el mundo es muy malo y que para qué se va a educar a nadie en un mundo malo.

El mundo será mucho peor si no educamos a la gente.

De modo que ahí hay una

“ -Hay quien cree que la violencia o los horrores que se ven en televisión conducen inmediatamente a las personas a cometer las mismas cosas; es decir, que alguien que ve en la televisión un asalto o una violación, sale corriendo de su cuarto a practicar lo que acaba de ver, lo cual, si fuera cierto, lo sería en todos los casos. Es decir, que bastaría con proyectar la vida de San Francisco de Asís o de Ghandi por televisión todos los días, para que el mundo estuviera habitado por personas pacíficas y solidarias. Ello también es algo que nadie se cree. Nunca he entendido por qué no creemos que alguien vaya a imitar las buenas que ve en la televisión y, en cambio, suponemos que va a imitar las malas. El problema de los niños no es que vean mucha o poca televisión, sino que la vean solos. Es decir, que la televisión se convierta en sustituto de las personas que deberían estar con ellos; que la televisión se convierta en el único elemento familiar estable. ”

cuestión que poco a poco se va abriendo paso, porque de lo contrario estamos dejando crecer un mundo de salvajismo, un mundo de postergación que tarde temprano va a caer sobre nuestras cabezas.

La educación moderna plantea muchos problemas nuevos. El primero de ellos es la propia concepción de lo que significa la infancia. Una infancia, como la vejez o como cualquier otra, es una categoría histórica; es decir, no es lo mismo un niño en el siglo XII que un niño en el siglo XX. No es lo mismo un anciano en el siglo VI que un anciano hoy. Son categorías

históricas diferentes.

En el caso el niño, evidentemente, la televisión es un elemento que ha servido para introducir una gran ruptura con lo que era antes la infancia.

Durante mucho tiempo, la infancia estuvo caracterizada por la ignorancia, por una serie de velos, de ocultamientos, de oscurantismos voluntarios que le negaban saber al niño lo que eran, por ejemplo, las verdades del sexo y de la carne, las verdades de la enfermedad y de la muerte, las verdades de la violencia, las verdades de los errores y de las ambiciones de los gobernantes. Es decir, vivían en un mundo en el que todo eso estaba tamizado, oscurecido. El niño no tenía forma de informarse por sí mismo, porque para informarse debía saber leer, y saber leer es precisamente una técnica que se recibía en la escuela. La infancia era pues el momento en el que el niño no sabía. De hecho, la palabra infancia viene de *infantia*. El que no sabe hablar, tampoco sabe leer y tampoco puede saber por sí mismo. De allí que las personas adultas se convertían en quienes le revelaban paulatinamente a los niños las verdades de la carne, las verdades de la violencia, las verdades del poder, etcétera, y ese acceso gradual significaba la maduración del niño y su entrada en el mundo adulto.

Hoy, eso ya no existe. A finales de los años 60, Neil Postman, sociólogo norteamericano, escribió un libro que se llamaba *El final de la infancia* y señaló que el final de la infancia es precisamente ese gran elemento desmitificador que es la televisión.

La televisión crea todo tipo de mitos. Probablemente no

favorece elevados procesos intelectuales, pero tiene una virtud, y es que acaba con esos oscurantismos sumergiendo a los niños en revelaciones súbitas de todo tipo de cosas que antes se guardaban los adultos, de alguna manera, secretamente.

Los niños aprenden observando en el más elemental programa de televisión todo aquello que normalmente les estaba vedado.

De igual manera, antes estaban oscurecidos por la ignorancia; hoy están deslumbrados.

Lo importante, en todo caso, es reconocer que en ninguna de las dos situaciones, puede ver bien: algunas veces por falta de información y otras por una información abrumadora en la que se mezcla lo verdadero, lo falso, lo mitológico y lo cierto.

Hace poco una amiga, madre de una niña de cinco años, me contó que su hija le había dicho: “Mamá, cuando yo sea mayor no quiero tener niños”. Ante esta proclama la madre se quedó un poco preocupada, enterándose de que, en un programa de televisión, la menor había visto y, claro, había concluido, con bastante lógica, que no era una experiencia precisamente entretenida y que quería librarse de ella.

No se trata tampoco de maldecir a la televisión. En fin, en esta época nos fascina tanto que le atribuimos todo tipo de poderes taumátúrgicos.

Hay quien cree que la violencia o los horrores que se ven en televisión conducen inmediatamente a las personas a cometer las mismas cosas; es decir, que alguien que ve en la televisión un asalto o una violación, sale corriendo de su cuarto a practicar lo que acaba de ver, lo cual, si fuera cierto, lo sería en todos los casos. Es decir, que bastaría con proyectar la vida de San Francisco de Asís o de Ghandi por televisión todos los días, para que el mundo estuviera habitado por personas pacíficas y solidarias. Ello también es algo que nadie se cree. Nunca he entendido por qué no creemos que alguien vaya a imitar las buenas que ve en la televisión y, en cambio, suponemos que va a imitar las malas.

El problema de los niños no es que vean mucha o poca televisión, sino que la vean solos. Es decir, que la televisión se convierta en sustituto de las personas que deberían estar con ellos; que la televisión se convierta en el único elemento familiar estable.

En Europa, porque no sé si es válido en otros países, nadie quiere ser viejo, porque vivimos en un mundo en el que todo el que no es joven está enfermo. Ser padre o ser madre implica un cierto grado de senectud, implica ser mayor que el hijo.

El sueño de todo padre moderno es ser el mejor amigo de su hijo en vez de ser su padre, cosa que tampoco está mal, porque los

“Hoy el niño va a la escuela sin haber obtenido la socialización primaria y el maestro tiene, a la vez, que socializarlo tanto en el primer nivel como en el segundo. Es decir, se sobrecarga a la escuela con una demanda que antes llevaba a cabo la familia, con lo cual, cada vez más, la escuela se convierte en un punto central, exigiéndosele cada vez más, sin que ello signifique mayor reconocimiento, ni apoyo social.”

hijos pueden tener muchos amigos pero padre y madre sólo pueden tener uno.

Entonces, está presente la obsesión por ser el mejor amigo de su hijo, la obsesión por no representar el grado frustrante que necesita el niño para crecer. El niño necesita una autoridad, es decir, algo que le ofrezca resistencia adelante. No debe olvidarse que todos crecemos como la hidra, apoyándonos en aquello que nos ofrece resistencia; y la autoridad –que no es igual que la tiranía– viene del verbo latino *auctoritas* que significa ayudar a crecer, hacer crecer. De allí que la autoridad –que no es tiranía, que no es despotismo, que no es coacción infundada–, es aquello que ayuda a hacer crecer; y eso que ayuda a hacer crecer en el terreno intelectual, afectivo y humano, en general, lo necesitamos todos.

Antes se obtenía eso en la familia. Las familias llevaban a cabo lo que se llamaba la socialización primaria; es decir, otorgaban aquellas primeras normas que enseñan al niño a respetar, a tolerar, a compartir, a no ser brutal con los pequeños, a asumir ciertas órdenes o ciertas instrucciones, etcétera.

Esta socialización primaria es hoy, por muchas razones, rara vez cumplida por las familias.

Existe una encuesta muy curiosa realizada por sociólogos italianos de la educación, y aplicada entre padres italianos de entre 35 y 45 años, a quienes se les preguntó si querían ser para sus hijos los padres que sus padres habían sido para ellos. Todos contestaron que no. A continuación se les preguntó cómo querían ser y dijeron que querían ser como sus madres habían sido para ellos. Es decir, hay una “maternización” de

la figura del padre, porque la figura del padre parece efectivamente antipática y sumamente rígida. Los padres no quieren cargar con la obligación de tener que decir algo concreto y explícito.

Cuando escribí *Ética para Amador y Política para Amador*, lo hice un poco a solicitud de muchos padres de mi generación que me decían “Bueno, yo no sé, algo habrá que decirles. Pero, ¿qué se les dice? Yo no quiero ser...”. Habíamos crecido en una dictadura, en un ambiente dictatorial, clerical reaccionario y no queríamos reproducir esos mismos mecánicos. Bueno, decían “¿Qué se les dice?” Yo sostenía que algo habría que decirles; por ejemplo, que la antropofagia no es una variedad gastronómica, y que hay cosas que nos parecen bien y cosas que nos parecen mal.

Siendo mi hijo muy pequeño, aprendí con él una teoría basada en no hacer explícito ningún tipo de opinión sobre ningún campo, sino darle siempre el pro y el contra, lo blanco y lo negro, para que él optara por su cuenta, lo cual lo debía sumir al pobre en una confusión permanente.

De allí que, en una ocasión, cuando tenía seis o siete años, vino a casa y me dijo: “Papá, me han dicho en el colegio que los Reyes Magos son los padres”. Bueno, yo no había entrado nunca en cuestiones tan espinosas y le contesté: “Bueno, hay diversas escuelas de pensamiento. Mientras que algunos creen que efectivamente son los padres, otros creen que...”. Él me escuchó muy atento y me dijo: “¿Sabes? Creo que eres el único papá de mi colegio que cree en los Reyes Magos”.

A partir de ese momento me di cuenta de que me estaba

equivocando en el exceso de inconcreción. No cabe duda de que, en ciertas ocasiones, hay que aclarar si uno cree, o no, en los Reyes Magos; si cree en determinados valores o no cree en determinados valores. Esta función la realizaba antes la familia.

Antes, el niño llevaba a cabo la socialización primaria en la familia e iba a la escuela para realizar la socialización secundaria. Es decir, para aprender a leer, aprender a contar, aprender a escribir, aprender geografía.

Hoy el niño va a la escuela sin haber obtenido la socialización primaria y el maestro tiene, a la vez, que socializarlo tanto en el primer nivel como en el segundo. Es decir, se sobrecarga a la escuela con una demanda que antes llevaba a cabo la familia, con lo cual, cada vez más, la escuela se convierte en un punto central, exigiéndosele cada vez más, sin que ello signifique mayor reconocimiento, ni apoyo social.

Creo que este es un punto importante que cada vez empieza a ser más explícito.

En una sociedad democrática no es sólo la escuela la que educa. No se puede educar sin la escuela, sin el paso por un responsable técnico de la enseñanza. La escuela es el primer contacto con el mundo social, el primer momento de participación social del niño, durante el cual se encuentra con personas a las que debe respetar. Por lo tanto, si bien esa socialización es imprescindible, no es exclusiva.

Ni la familia, ni la sociedad pueden desentenderse. Los medios de comunicación, los propios políticos, cuya función también tiene una dimensión educativa, por no hablar de las personas que tienen responsabilidades en el arte,

la literatura, en tantas cosas, y la sociedad entera, se convierten en un permanente esfuerzo de educación mutua.

Aunque me parecen más importante los casos básicos inferiores, ese punto técnico – porque las otras cosas están más sujetas a la viabilidad–, ese momento de la educación oficial, es decir, de la escuela, del instituto y, llegado el caso, de la universidad, es algo que hay que mirar y cuidar. Yo creo que una sociedad se valora en gran medida por la calidad de su educación, por la importancia que sus ciudadanos le conceden a la educación y por los sacrificios, presupuestales y de


concreción para con los gobernantes, que están dispuestos a hacer para que la educación alcance a todos.

No basta con decir que la enseñanza pública es mala. Si un sistema es malo, habrá que mejorarlo. Si un sistema no sirve, habrá que variarlo. Lo que no se puede es dejar que gran parte de la educación quede al azar y en manos de los privilegios.

Creo que una educación general básica no es un logro ni de la derecha ni de la izquierda, sino que es un logro de la civilización y, atentar contra la educación general, obligatoria, básica, de primera calidad, es atentar contra los

principios de la civilización democrática en la que nos movemos y eso, antes o después, se paga.

En fin, hasta acá llega lo que yo les quería exponer. En el libro que les he comentado anteriormente, procuro hacer un recorrido un poco más exhaustivo.

Quisiera agradecer muy sinceramente la generosidad, paciencia y hospitalidad de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, así como la compañía de todos ustedes. Agradezco también a quienes han compartido cada una de las mesas conmigo 

Muchas gracias.

---

Esta conferencia fue dictada en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), Lima, Perú, del 27 al 29 de octubre de 1997

---

**EDUCERE**  
La Revista Venezolana de Educación

## Requiere

### DISTRIBUIDORES Y PUNTOS DE VENTA EN EL PAÍS PARA SU COMERCIALIZACIÓN

**Interesados comunicarse con el Lic. Pedro Rivas**

Telefax: 074-40 18 70 • Teléfonos: 016-6741611

Correos Electrónicos: educere@ula.ve / rivaspj@ula.ve / rivaspj@yahoo.com

#### Requisitos:

1. Datos personales: Curriculum Vitae, dirección de habitación, trabajo o institución donde estudia con sus respectivos teléfonos
2. Carta de compromiso
3. Explicación del potencial de venta de la revista en la zona de distribución, así como de la cantidad de revistas que podrían demandarse para su envío respectivo.

Universidad de Los Andes. Complejo Universitario "La Liria". Av. Las Américas. Edif. "A", Piso 2°, Oficina PPAD